



El interior invisible del agua

A simple vista, nada parece fuera de lo común. Dos vasos descansan sobre la mesa del aula. Uno de ellos deja escapar un tenue vapor que sube lentamente hacia el aire; el otro mantiene su superficie serena, con algunos cubos de hielo que flotan silenciosamente. Ambos contienen agua, ambos son transparentes,

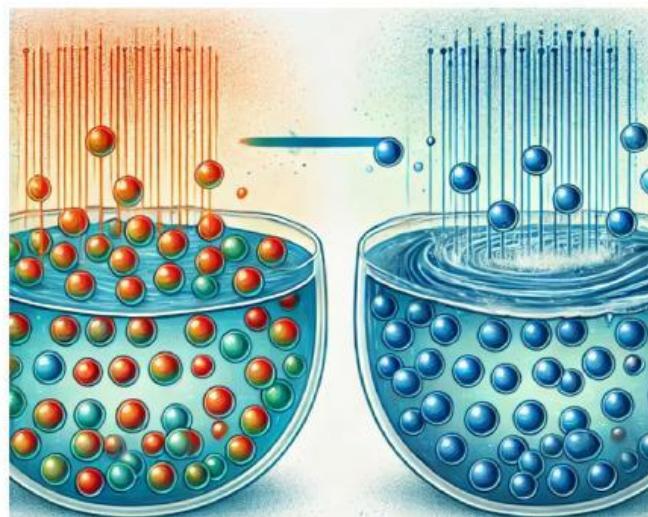
pero en el interior de cada uno ocurre una historia completamente distinta.



En el vaso de la izquierda, la temperatura elevada ha modificado la dinámica del agua. Las partículas, aunque invisibles, parecen no encontrar reposo. Se desplazan con velocidad, chocan entre sí y algunas logran desprenderse del conjunto. Esa energía que no se ve, pero se intuye, ha cambiado la forma en que el agua se comporta. Su

superficie ya no es un límite estático: de vez en cuando, pequeñas moléculas escapan hacia el aire, transformando el líquido en vapor.

Mientras tanto, en el vaso de la derecha, el ambiente es otro. Allí reina una quietud densa, como si todo se moviera en cámara lenta. El frío ha alterado el ritmo interno. Las partículas, menos activas, se agrupan con firmeza. Las que forman el hielo están organizadas de forma regular, como si cada una ocupara un lugar preciso en una estructura que no





permite demasiado margen para el desorden. Las que siguen en estado líquido se deslizan con lentitud, atrapadas en un entorno que limita sus movimientos.

Aunque los dos vasos contengan la misma sustancia, sus comportamientos son tan distintos como el día y la noche. No hay explosiones, ni luces, ni sonidos. Pero si uno pudiera observar de cerca, descubriría un mundo microscópico profundamente influido por el calor o la ausencia de él. Es ahí donde se revela lo que realmente sucede: cuando cambia la temperatura, cambia todo lo demás.